

EL LUGAR SANTÍSIMO

LB, 6 nov 2020

LO BÁSICO

El lugar santísimo es el segundo departamento del santuario celestial. Es donde Cristo, nuestro Sumo sacerdote, está llevando a cabo —mientras lees— el borramiento de los pecados y la purificación de nuestros corazones en preparación para su segunda venida.

Jesús pasó sus días en esta tierra, en el “atrio” del santuario. Fue crucificado “fuera de la puerta” (Heb 13:12). Entró en el santuario celestial tras su ascensión, para ministrar los beneficios de su sacrificio —el perdón— en el lugar santo o primer departamento, por unos mil ochocientos años. Su ministerio en el lugar santísimo o segundo departamento comenzó en el año 1844.

Dado que ni los apóstoles, ni Pablo, ni nuestros predecesores en la Reforma del siglo XVI vivieron en ese Día de la expiación final correspondiente al lugar santísimo, el Antiguo Testamento —particularmente Éxodo y Levítico— sigue siendo nuestra principal fuente de instrucción de acuerdo con el *tipo*: “Haz todas las cosas conforme al modelo que te fue mostrado en el monte” (Heb 8:5), se le dijo a Moisés.

Junto a lo anterior disponemos de los pasajes proféticos, especialmente Daniel y Apocalipsis, que fueron escritos para el tiempo del fin: nuestro tiempo. Las iglesias que centran o restringen su instrucción al Nuevo Testamento, frecuentemente con exclusión del mensaje profético de Apocalipsis, no pueden comprender el ministerio de Cristo en el lugar santísimo. Lo ignoran porque lo rechazan, o bien lo rechazan porque lo ignoran.

VERDAD PRESENTE

Pero el ministerio de Cristo en el lugar santísimo es precisamente la verdad actual, *la que la iglesia y el mundo necesitan* en preparación para la segunda venida de Jesús en gloria. Antes que esta tenga lugar, la profecía delinea una serie de acontecimientos: el arrepentimiento del pueblo de Dios, el derramamiento del Espíritu Santo en la lluvia tardía y el sellamiento, el fuerte pregón del evangelio eterno en el contexto de la hora de su juicio, la prueba de la *marca* de la bestia impuesta por parte de la *imagen* de la bestia, el fin del tiempo de prueba, el tiempo de angustia, el derramamiento de las plagas postreras y finalmente el retorno de Cristo. Pudiera parecer un camino largo, pero lo cierto es que el mensaje del tercer ángel “proseguirá con gran poder y efectuará su obra y será abreviado en justicia” (1 MS 220).

Al fin de los 2.300 días, en 1844, Cristo entró ... en el *lugar santísimo* del santuario celestial para cumplir la obra final de la *expiación preparatoria para su venida* (CS 474-475) {416.2}.

Estamos viviendo *ahora* en el *gran día de la expiación* (CS 544) {480.1}.

El ministerio en el lugar santísimo es la verdad para *hoy*, puesto que ese segundo departamento del santuario es precisamente el lugar en el que Cristo está *ahora* ministrando. Define nuestra misión y da sentido a todo lo que somos y hacemos como pueblo remanente, aquel contra el que el enemigo dirige su ataque más airado.

Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo (**Apoc 12:17**).

No se trata de una “ira” torpe, sino refinada, bien calculada para engañar pasando desapercibida. Una de las formas en que la manifiesta, es procurando que retrocedamos de la mentalidad del lugar santísimo a la del lugar santo, donde *Cristo ya no está*.

¿En qué consiste ese testimonio de Jesucristo que tiene la iglesia remanente?

El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (**Apoc 19:10**).

HISTORIA SAGRADA CONTEMPORÁNEA

El Espíritu de profecía estaba alumbrando a creyentes sinceros de diversas denominaciones protestantes en la América del norte de mediados del siglo XIX mientras estudiaban sus Biblias y descubrían verdades proféticas que anteriormente habían estado selladas. Eso dio lugar al despertar adventista. Se habían cumplido —o se estaban cumpliendo— las señales predichas en el cielo (día oscuro, luna teñida en sangre, caída de estrellas en 1833), así como el gran terremoto. El evangelio eterno adquiriría ahora un carácter de urgencia, e incluía una significativa advertencia relativa a “la hora de su juicio”.

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el *evangelio eterno* para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque *la hora de su juicio* ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas (**Apoc 14:6-7**).

El rechazo a ese *evangelio* eterno en el contexto de la hora de su *juicio* —mensaje del *primer* ángel— es precisamente la causa por la que el *segundo* ángel proclama la caída de Babilonia, que se refiere especialmente a las iglesias protestantes (ahora exprotestantes) puesto que la católica había caído ya siglos atrás (**2 Tes 2:3-4**).

Los que rechazaron el primer mensaje no pudieron recibir beneficio del segundo; tampoco pudo beneficiarles el clamor de media noche [“He aquí, viene el Esposo”] que había de prepararlos para *entrar con Jesús por la fe en el lugar santísimo* del santuario celestial. Y por haber rechazado los dos mensajes anteriores, entenebrecieron de tal manera su entendimiento, que no pueden ver luz alguna en *el mensaje del tercer ángel, que muestra el camino que lleva al santísimo*, ni pueden ser beneficiados por la *intercesión* que Jesús realiza allí (*PE 260*).

Las iglesias que menospreciaron ese mensaje del lugar santísimo, vinieron a ser iglesias caídas. Todo aquel que deja de prestarle atención o bien le da la espalda tras haberlo conocido, está en proceso de caída espiritual como la que anuncia el segundo ángel.

Vi al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el *lugar santísimo*, al interior del velo, y se sentó ... Los que se levantaron cuando se levantó Jesús, tenían los ojos fijos en él mientras se alejaba del trono y los conducía un trecho ... Jesús ... entró en el carro y fue llevado al *lugar santísimo* donde el Padre estaba sentado ... Los que se levantaron con Jesús elevaban su fe hacia él en el *lugar santísimo*, y rogaban: “Padre mío, danos tu Espíritu”. Entonces Jesús soplabla sobre ellos el Espíritu Santo. En ese aliento había luz, poder y mucho amor, gozo y paz.

Me di vuelta para mirar la compañía que seguía postrada delante del trono [lugar santo] y no sabía que Jesús la había dejado. Satanás parecía estar al lado del trono, procurando llevar adelante la obra de Dios. Vi a la compañía alzar las miradas hacia el trono [lugar santo] y orar: “Padre mío, danos tu Espíritu”. Satanás soplabla entonces sobre ella una influencia impía; en ella había luz y mucho poder, pero nada de dulce amor, gozo ni paz ... Vi a uno tras otro *abandonar* la compañía que estaba orando a Jesús en el *lugar santísimo*, para sumarse a quienes estaban ante el trono [lugar santo], recibiendo al punto la influencia impía de Satanás (*To the Little Remnant Scattered Abroad* Broadside-1, 6 abril 1846; *The Day Star* 14 marzo 1846, Letter from sister Harmon).

Como los judíos, que ofrecieron sus sacrificios inútiles, ofrecen ellos sus oraciones inútiles al departamento que Jesús abandonó [lugar santo]; y Satanás, a quien agrada el engaño, asume un carácter religioso y atrae hacia sí la atención de esos cristianos profesos, obrando con su poder, sus señales y prodigios mentirosos, para sujetarlos a su lado (*PE* 260-261).

Por lo tanto, cuando pedimos a Dios el derramamiento del Espíritu Santo en la lluvia tardía, tiene una importancia crítica que lo hagamos desde la mentalidad del lugar santísimo (purificación, borramiento del pecado, hora de su juicio), porque de eso dependerá quién va a responder nuestra oración. Sólo dirigiéndola al lugar santísimo podemos esperar que la responda quien está en el lugar santísimo:

Debemos elevar nuestras peticiones *al lugar santísimo* con una fe que dé por recibidos los prometidos beneficios y los considere ya suyos (*PE* 72).

Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación (**Apoc 14:8**).

DIRECCIÓN PROFÉTICA: COMIENZO DEL FUERTE PREGÓN

Ellen White fue testigo presencial y participante de aquel despertar religioso que se convirtió en movimiento adventista interdenominacional y posteriormente en la Iglesia adventista del séptimo día, y de ella obtenemos valiosa información al respecto, especialmente en sus libros '*Primeros escritos*' (abreviado PE) y '*El conflicto de los siglos*' (abreviado CS). Siendo aún adolescente, Dios la llamó al ejercicio del don profético, y su literatura es especialmente relevante para todo lo relacionado con la purificación del santuario, ya que a diferencia de los que recibieron antes de ella el don profético, Ellen White lo recibió en el tiempo en que Cristo había iniciado su ministerio en el lugar santísimo, en el tiempo de la "expiación final".

El mensaje del primer ángel se predicó en el verano de 1844, y el del segundo en otoño del mismo año.

En Apocalipsis 18 la profecía anuncia una nueva proclamación de ese mensaje, un fuerte pregón del mensaje del evangelio eterno bajo la bendición de la lluvia tardía, que alumbrará la tierra con el conocimiento de la gloria —el carácter— de Dios. Eso comenzó en el mensaje que el Señor nos envió mediante los pastores Jones y Waggoner en la década de 1888, pero que resultó temporalmente detenido por nuestra incredulidad:

El fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra (RH 22 nov 1892; 1 MS 425).

Ese "comienzo" que resultó frustrado, ha de tener un final esplendoroso cuando su pueblo recuperemos ese inicio y aceptemos plenamente el mensaje de arrepentimiento que el Testigo fiel de Apocalipsis 3 nos envía. Entonces, una vez más —y por última vez— los habitantes de la tierra conocerán el mensaje del lugar santísimo: *el evangelio eterno en el contexto de la hora de su juicio*: Cristo borrando nuestros pecados, purificándonos de ellos, en preparación para la gran crisis final y su segunda venida. Tristemente, la mayoría en el mundo lo va a rechazar, motivo por el que se repite entonces el mensaje del segundo ángel de Apocalipsis 14:8, esta vez con la mención adicional de la degeneración espiritista que apreciamos ya en el movimiento de la iglesia emergente:

¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmundada y aborrecible (Apoc 18:2).

Lo que define una caída espiritual es el rechazo a la luz, una vez que esta alumbró.

Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora, porque decís: "Vemos", vuestro pecado permanece (Juan 9:41).

Esa reedición del mensaje del segundo ángel contiene una advertencia muy concreta y explícita, que en Apocalipsis 14 está solamente sobreentendida:

¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas! (Apoc 18:4).

Dios tiene aún mucho “pueblo” en Babilonia, en espera de oír la voz del Buen Pastor y de seguirlo. Han de oír el mensaje de buenas nuevas junto a la advertencia que les hará abandonar la institución a la que pertenecen, para venir a reunirse con la comunidad del mensaje de los tres ángeles: la iglesia remanente, la Iglesia adventista purificada tras el zarandeo. Nuestra misión es dar ese mensaje. Esa es la razón de existir para el adventismo como una iglesia que Dios ha separado del mundo.

MISIÓN DEL REMANENTE

Al pie del Calvario no había ningún adventista del séptimo día. Dios pudo hacer esa obra de redención en Cristo sin nuestra cooperación. Tampoco en el aposento alto había ningún adventista del séptimo día: Dios pudo derramar la lluvia temprana, de forma que “*el evangelio fue llevado a toda nación en una sola generación*” sin nuestra ayuda (HAp 474; Col 1:23; 1 Tes 1:8).

Tampoco en tiempos de la Reforma protestante había miembros de la Iglesia adventista. Las iglesias protestantes han existido desde hace siglos. Una de ellas incluso predicando la verdad del sábado desde el año 1671 —los judíos desde mucho antes—, pero ninguna de ellas está cualificada para preparar al mundo para la segunda venida de Cristo. Dios no encomendó esa misión a la Iglesia bautista del séptimo día ni a ninguna otra de las denominaciones existentes antes de 1844. Observa lo que escribió Ellen White (es una amonestación a nuestro pueblo, pero se aplica doblemente a judíos y a bautistas del séptimo día):

El mensaje del tercer ángel debe darse con poder. El poder de la proclamación del primer y segundo mensajes debe intensificarse en el tercero ... Se introducen tantos otros intereses, que el mismo mensaje que debiera proclamarse con poder, llega a ser débil e ineficaz. Se ha incurrido en una equivocación en nuestros congresos campestres. Se ha presentado el tema del sábado, pero no como la gran prueba para este tiempo (6 TI 67).

“Los Bautistas del séptimo día no asocian la observancia del domingo con ‘la marca de la bestia’ mencionada en el libro de Apocalipsis” (Folleto [Bautistas del séptimo día versus Adventistas del séptimo día](#); Seventh Day Baptists, 3120 Kennedy Road, PO Box 1678, Janesville WI 53547).

No. Dios no nos ha llamado como iglesia para que prediquemos el mismo mensaje que predicó Lutero. Para ese menester, Dios lo llamó a él y al resto de reformadores. Tampoco nos ha llamado para que prediquemos el mismo mensaje que predica hoy el exprotestantismo; ni siquiera el mismo que predica la Iglesia bautista del séptimo día.

Semejante mensaje no se predicó en los siglos pasados. Pablo, como lo hemos visto, no lo predicó ... Los reformadores no lo proclamaron tampoco

... Pero desde 1798 el libro de Daniel ha sido desellado, la ciencia de las profecías ha aumentado y muchos han proclamado *el solemne mensaje del juicio cercano* (CS 405) {356.3}.

Ahí quedan tan excluidos los judíos como los bautistas del séptimo día, por más defensores del sábado que puedan pretender ser. Es significativo que en la crisis de la ley dominical en EEUU de diciembre de 1888, *ambos grupos se conformaron con la propuesta dominical*. Sólo la Iglesia adventista enfrentó y venció esa ley mediante la intervención en el Congreso de A.T. Jones.

Las iglesias protestantes dejaron de serlo, se estancaron y se corrompieron. No continuaron con la Reforma, sino que renunciaron a su carácter protestante. No sólo eso, sino que actualmente están cooperando con la iglesia de Roma para llegar a una unión de iglesia y estado en Estados Unidos, en la que la iglesia pueda imponer observaciones religiosas cabalgando sobre el poder civil: una reedición del papado medieval propicia para una nueva ley dominical. Las iglesias reformadas hace años que perdieron toda conexión con el calendario divino. Su caída como institución es proféticamente irreversible. Dios no pudo poner el vino nuevo en odres viejos. Nuestro llamado no es a confraternizar con esa *institución* (madre e hijas), sino a dar a sus *miembros* el mensaje divino misericordioso del segundo ángel:

Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas (Apoc 18:4).

Dios suscitó a la Iglesia adventista del séptimo día alrededor del año 1844 (se organizó 19 años más tarde: en 1863). Su aparición coincidió con el comienzo del ministerio de Cristo en el lugar santísimo, que tiene por fin la preparación para la segunda venida de Cristo.

COMIENZA LA PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO

La noche del 22 de octubre de 1844 fue amarga para quienes habían estudiado las profecías y abrigaron la expectativa vibrante de reunirse con el Señor aquel mismo día. Aquellos primeros adventistas eran cualquier cosa, excepto legalistas o miembros tibios y acomodaticios. Algunos de ellos habían vendido sus propiedades y habían abandonado sus trabajos ordinarios para dedicarse íntegramente a dar el evangelio y amonestar al mundo. Sólo años después afectaría el legalismo a nuestro pueblo. No era su problema entonces. La esperanza que los animaba no era la del fanático que se aventuró a poner fecha para algún acontecimiento, y está ansioso por su reputación si no se cumple la predicción. Su congoja no era la de Jonás. Su esperanza era la de reencontrarse con el Señor, sabedores como eran de que Él los había guiado en su estudio.

Algunos se sorprenden de que el Señor pudiera estar guiándolos y permitiera el error que haría aparecer aquel movimiento como un fracaso, pero esa circunstancia no debiera extrañar a quienes conocen la historia sagrada.

La Biblia nos presenta otro chasco. *Fue el propio Jesús quien dispuso* que sus discípulos hicieran los preparativos para su entrada triunfal como Rey en Jerusalén. No fue una iniciativa de ellos, sino de él. La multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino y cortaban ramas para adornar aquel carrusel,

y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! (**Mat 21:9**).

Pero aquel movimiento terminó de forma inesperada. Para los ojos humanos aquello fue un gran chasco, un tremendo error. Jesús sabía que había un concepto equivocado en la mente de la muchedumbre y de sus propios discípulos, y aquello no terminó en la coronación de Cristo en Jerusalén como Rey. Pero aun sabiéndolo, Jesús no sólo no lo impidió, sino que lo suscitó. *Sirvió para probar los corazones*. Es muy significativo qué fue lo que siguió:

Entró Jesús en el templo de Dios y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas (vers. **12**).

Terminó en la *purificación del santuario*, que por entonces era el de la tierra. Eso es un *tipo* indicativo de que sería necesaria la purificación del santuario celestial (**Heb 9:23**) antes que Cristo regresara y fuera proclamado Rey tal como aquellos pioneros esperaban en 1844.

Sólo cuando *su obra mediadora haya terminado* “le dará el Señor Dios el trono de David su padre”, un reino del que “no habrá fin” **Lucas 1:32-33** (CS 468) {411.4}.

En 1844 la obra mediadora final de Cristo no había hecho más que comenzar; estaba lejos de haber “terminado”. Era necesaria la *purificación del santuario* celestial, y Dios se suscitó un pueblo —el nuestro— para dar a conocer ese ministerio. Así, el adventismo del séptimo día tendría aún un mensaje que dar al mundo:

Es necesario que profetices *otra vez* sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes (**Apoc 10:11**).

El mensaje, el chasco, y la misión de aquel remanente que perdura hasta hoy, estaban bien delineados en la profecía (**Apoc 10:8-11**). Dios los había dirigido en aquel movimiento profético que dio lugar a nuestra actual iglesia:

A William Miller y a sus colaboradores *les fue encomendada* la misión de predicar la amonestación en los Estados Unidos de Norteamérica (CS 417) {366.1}.

La mención de una *fecha precisa para el juicio* en la proclamación del primer mensaje, fue *ordenada por Dios* (CS 510) {450.2}.

Entre todos los grandes movimientos religiosos habidos desde los días de los apóstoles, ninguno resultó más libre de imperfecciones humanas y engaños de Satanás que el del otoño de 1844 (CS 453) {398.3}.

Los mensajes del primer ángel y del segundo fueron proclamados *en su debido tiempo, y cumplieron la obra* que Dios se había propuesto cumplir por medio de ellos (CS 457) {401.2}.

Dios había dirigido a su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra (CS 462) {406.4}.

No habiendo regresado el Señor tal como esperaban, Hiram Edson se reunió con su hermano y amigo Owen Crosier. Ambos pasaron la mañana siguiente al 22 de octubre de 1844 orando y llorando en la granja del primero. Sabían positivamente que el Espíritu Santo los había guiado en su estudio y en su despertar espiritual, y derramaron su alma ante el Señor en procura de consuelo y dirección.

Hacia el mediodía salieron hacia algún lugar. Mientras atravesaban el campo de maíz de Hiram Edson, este se detuvo repentinamente. Crosier, quien venía detrás, le preguntó por el motivo de aquella súbita detención.

—¡El Señor está respondiendo nuestros ruegos y súplicas!

Edson estaba teniendo una visión. Más tarde explicó que una mano se posó en su hombro mientras caminaba, haciendo que se detuviera y que mirase a lo alto. Allí se le mostró que Cristo había pasado del lugar santo al santísimo del santuario *celestial*, el que operaba entonces —y hasta hoy—, y que dicho santuario no era esta tierra, tal como nuestros pioneros habían sostenido erróneamente en común con los protestantes de la época. Ellos dos, junto a Franklin Hann, otro de los hermanos chasqueados (pero no desanimados), dedicaron los siguientes meses a estudiar de nuevo la profecía según aquella nueva luz.

Descubrieron entonces un maravilloso sistema de verdad bíblica que armonizaba con la luz que habían tenido antes, pero ahora subsanando aquella creencia equivocada que les había llevado a confundir el evento predicho —el cálculo era correcto respecto al tiempo—. Tal como hemos leído que sucedió en el relato de Mateo 21, aquel episodio no terminaría directamente en la coronación de Cristo como Rey, sino en la *purificación* del santuario (previa a la coronación final):

¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados?” Él dijo: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego *el santuario será purificado*” (Dan 8:13-14).

Aquella sección del libro de Daniel les había dejado el dulce sabor de la reunión inminente con el Señor, para convertirse después en la amargura del chasco. Se endulzaba nuevamente ahora de una forma maravillosa. Mediante el ministerio de Cristo en el lugar santísimo estarían en estrecha comunión con el Señor mientras él

avanzaba en su obra de borramiento de los pecados. Eso los pondría en estrecha comunión con Cristo, una comunión comparable a la intimidad matrimonial que Apocalipsis ilustra mediante la figura de las bodas del Cordero (**Apoc 19:7-9**).

EL SANTUARIO DEL ALMA

Harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos (**Éxodo 25:8**).

Los israelitas se habían conformado con la idea reconfortante de que el Señor estaba en medio del campamento, y perdieron la bendición *real* del santuario. Dios quería estar “en medio de ellos”: de *cada uno de ellos* personalmente; no simplemente en medio del campamento. “Santuario” significa siempre buenas nuevas. Es Cristo habitando en nosotros, constituidos por Dios en *templo* del Espíritu Santo. Se trata de Emmanuel: Dios con nosotros (en Cristo). Es el misterio eterno: el misterio de que un Dios santo pueda morar en carne de pecado, tal como sucedió con Cristo. Es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (**Col 1:27**).

Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne (**1 Tim 3:16**).

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para *que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis *llenos de toda la plenitud de Dios*. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén (**Efe 3:14-21**).

Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo (**Apoc 3:20**).

A.T. Jones escribió:

La fe de Roma consiste en que debemos necesariamente ser puros y santos a fin de que Dios pueda morar con nosotros. La fe de Jesús consiste en que *Dios debe necesariamente morar con nosotros y en nosotros* a fin de que podamos ser puros y santos (*El camino consagrado a la perfección cristiana*, 39; Pacific Press 1890).

LA VERDADERA LUZ SOBRE EL SANTUARIO

Owen Crosier fue el encargado de poner por escrito el resumen de aquel estudio. ¡Y qué resumen! Aunque no es muy conocido en nuestros días, el trabajo de Crosier cuenta con una de las aprobaciones más categóricas del Espíritu de profecía:

Creo que el santuario que ha de ser purificado al final de los 2.300 días es el templo de la Nueva Jerusalem, del que Cristo es ministro. *El Señor me mostró en visión*, hace más de un año, que *el hermano Crosier tenía la verdadera luz sobre la purificación del santuario*, y que era su voluntad que escribiese la exposición que nos hizo en Day-Star Extra del 7 de febrero de 1846. Me siento plenamente autorizada por el Señor para recomendar ese Extra a todo santo (Ellen White, *A Word to the Little Flock*, publicado en 1847).

Querido lector: tú eres uno de esos santos. Aprecia y honra esa recomendación. El trabajo de Crosier está disponible aquí: <http://www.libros1888.com/Pdfs/crosier.pdf>.

El santuario en el cielo es *el centro mismo* de la obra de Cristo en favor de los hombres (CS 543) {479.2}.

La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es *tan esencial* para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz (CS 543) {479.3}.

El pueblo de Dios debería *comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador*. Todos necesitan *conocer por sí mismos* la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama (CS 542) {479.1}.

La correcta comprensión del ministerio del *santuario* celestial es el *fundamento de nuestra fe* (Carta 208, 1906; Ev 165).

PURIFICACIÓN

El ministerio de Cristo en el lugar santísimo consiste primariamente en *purificación*, en *borramiento*, no sólo perdón de los pecados (perdón es *salah* en hebreo, que no aparece en Levítico 16 ni 23). Es *purificación* de todo pecado en el creyente: a eso se le llama *expiación* (*kapar* en hebreo). Ellen White se refirió a ella con frecuencia como la “expiación final”.

La expiación final incluye la idea de *juicio*, que muy tempranamente comprendieron los pioneros adventistas —si bien el propio Crosier no la articuló—. Está sobreentendida en **Levítico 23:29-30**, y expresada con claridad en **Daniel 7:10 y 22** entre otros. Ese *juicio* significa vindicación para quienes participan de la purificación, y condenación para quienes la desdeñan. No se puede separar la *purificación* del *juicio*:

La persona impura que no se purifique será eliminada de en medio de la congregación, por cuanto contaminó el tabernáculo de Jehová; no fue rociada sobre él el agua de la purificación: es impuro (**Núm 19:20**).

Toda persona que no ayune en este día, será eliminada de su pueblo (**Lev 23:29**).

Mientras se prosigue el *juicio investigador* en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse a cabo una obra especial de *purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra* (CS 478) {421.1}.

Imagina que al regresar a casa observas con horror cómo sale un río de agua de debajo de la puerta. Comprendes que olvidaste un grifo abierto. ¿Qué es lo que se impone? ¿Ir recogiendo meticulosamente el agua que va saliendo? ¿No es preceptivo ir al origen del problema y cerrar el grifo? Si seguimos conviviendo con el pecado, enviando al santuario celestial nuestros pecados indefinidamente, ¿es posible que el santuario sea *purificado* y Cristo *termine* su obra de intercesión por el pecado?

El esquema que ilustra el santuario no es de carácter circular: pecar, confesar, seguir pecando, volver a confesar y perpetuar ese bucle. Ese es el esquema de la iglesia de Roma y el de sus hijas. En contraste, la lección del santuario nos habla de un esquema lineal, con un principio y un final, y el final es la purificación y borrado del pecado propios del lugar santísimo. Sólo al terminar la intercesión puede Cristo ser coronado y regresar.

JUICIO

¿Es la idea de un *juicio* contraria al *evangelio*? —No, según la enseñanza bíblica. Pablo escribió acerca del

día en que Dios *juzgará* por medio de Jesucristo los secretos de los hombres, *conforme a mi evangelio* (**Rom 2:16**).

Es necesario que *todos nosotros* comparezcamos ante el *tribunal* de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (**2 Cor 5:10**).

Sabemos que el “juicio venidero” estaba bien presente en la exposición del evangelio que hacía Pablo, ya que en su entrevista con Félix le habló acerca “de la justicia, del dominio propio y del *juicio venidero*” (**Hechos 24:25**; ver también **Juan 5:27-29**; **1 Ped 4:17**; **Heb 4:13** y **10:30**; **Ecl 3:17** y **12:9**).

La idea de un juicio es consustancial con la cosmovisión bíblica. No sucede lo mismo para quienes imaginan un universo en el que Dios es un dictador implacable que *predetermina* la conducta de cada una de sus criaturas inteligentes, eximiéndolas de responsabilidad moral. En contraste, la noción de juicio es, no sólo perfectamente lógica,

sino imprescindible al comprender que el carácter de Dios se puede resumir en una sola palabra: AMOR (que comprende tanto su justicia como su misericordia).

Para que pueda existir *amor*, debe necesariamente existir *libertad*. Esa es una de las razones por las que un robot es incapaz de amar. Pero allí donde existe libertad, aparece inmediatamente la *responsabilidad*, y la responsabilidad es susceptible de evaluación, de un justo *juicio* o decisión, tal como los que sólo Dios puede emitir. No es que Dios necesite esa investigación para conocer los corazones, sino que el universo la necesita.

Los siguientes dos textos nos ayudan a *entender* la relación de la *purificación* de los pecados con el *juicio*:

Muchos serán limpios, emblanquecidos y *purificados*; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos *entenderá*; pero los entendidos comprenderán (**Dan 12:10**).

Los que dejan la ley, alaban a los impíos; mas los que la guardan, contendrán con ellos. Los hombres malos no *entienden el juicio*: mas los que buscan á Jehová, entienden todas las cosas (**Prov 28:4-5**).

Quienes están en armonía con el carácter de Dios, entenderán “todas las cosas” que sea necesario entender, especialmente el *juicio*. En contraste, quienes creen que Dios puede salvarnos *en el pecado* —lo que implica la creencia de que no es el pecado quien nos condena, sino Dios mismo—, no pueden comprender el juicio. Quienes desdeñan la purificación o borramiento del pecado por considerarlo innecesario o imposible, lógicamente detestan el juicio y eligen ignorarlo. Un falso evangelio (soteriología) lleva a una comprensión falsa de los acontecimientos del tiempo del fin (escatología). Es suficiente saber que una denominación defiende una escatología falsa —en la que no cabe el juicio—, para saber que alberga un evangelio falso.

La reacción de Félix cuando oyó a Pablo hablándole del “juicio venidero” fue esta:

Se espantó y dijo: —Ahora vete, y cuando tenga oportunidad, te llamaré (**Hechos 24:25**).

VINDICACIÓN EN EL JUICIO

¿Nos debiera atemorizar la idea de un juicio?

Imagina a los hermanos de José sentados a la mesa de aquel severo y distante gobernador de Egipto. Sus hermanos lo habían vendido como esclavo. La esclavitud era una suerte comparable a la propia muerte. Aunque sus hermanos no lo sabían, ahora se encontraban ante él, quien tenía que juzgarlos:

En esto seréis probados: ¡Por vida del faraón, que no saldréis de aquí hasta que vuestro hermano menor venga! (**Gén 42:15**).

La forma de probarlos sería comprobando qué trato iban a dar a su “hermano menor”. Ese es también un criterio en el juicio que ahora está en curso, y cuya sentencia incluirá:

En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mat 25:40).

Los hermanos de José

se decían el uno al otro: —Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba y no lo escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia (Gén 42:21).

El Espíritu Santo les estaba convenciendo de pecado, de justicia y de juicio. Los estaba emplazando ante el juicio venidero, haciéndoles saber que la sangre de su hermano clamaba a Dios, tanto como la de Abel. Pero el Espíritu Santo no dejaba de ser el Consolador mientras los convencía.

Aquella prueba conllevó aflicción del alma, contrición e introspección. No era tiempo de fiesta, como no lo es hoy para ti y para mí. Se debía probar la solidez de su arrepentimiento mediante un proceso *investigador* en el que ellos percibían a su juez como alguien temible e implacable. Conoces el desenlace: José estaba lleno de amor por sus hermanos. Hacía ya mucho tiempo que los había perdonado y había olvidado la ofensa. Así lo indica el nombre que dio a sus dos hijos (**Gén 41:50-51**). Pero ellos no lo percibían así, y eso puede sucedernos también a nosotros:

¿Por qué escondes tu rostro y me cuentas por tu enemigo? (Job 13:24).

Nuestro caso es similar al de los hermanos de José: todos hemos participado en la crucifixión del Hijo de Dios. No sólo eso:

*“Y los que le traspasaron”. Esas palabras no se aplican solamente a quienes atravesaron a Cristo cuando colgaba de la cruz en el Calvario, sino a todos los que mediante su maledicencia o malas prácticas *están atravesándolo hoy. Sufre diariamente las agonías de la crucifixión.* Los hombres y mujeres están atravesándolo diariamente al deshonrarlo y al rehusar hacer su voluntad (ST 28 enero 1903).*

Pocos piensan en el sufrimiento que el pecado causó a nuestro Creador. Todo el cielo sufrió con la agonía de Cristo; pero ese sufrimiento no empezó ni terminó cuando se manifestó en el seno de la humanidad. La cruz es, para nuestros sentidos entorpecidos, una revelación del dolor que, desde su comienzo, produjo el pecado en el corazón de Dios (Ed 238).

Sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios (DTG 694).

Ahora, nuestro Hermano a quien hemos crucificado, nos ha de probar, nos ha de juzgar. Ya hemos visto que no es tiempo de danza y celebración. ¿Es tiempo de angustiarnos pensando —como los hermanos de José— que nuestro sufrimiento y perplejidad son un castigo divino por nuestra maldad irreversible?

Haremos bien en considerar que la misericordia y la bondad de nuestro Creador, Redentor y Hermano poderoso no son en nada menores que las de José, quien a duras penas podía retener su llanto por el amor que tenía hacia sus hermanos y el deseo de abrazarlos. En Job encontramos un ejemplo de la actitud que se espera en nosotros:

Aunque me matare, en él esperaré (Job 13:15).

Me probará y saldré como oro (Job 23:10).

En cierto sentido, los auténticos creyentes no sólo “entienden” el juicio, sino que lo desean. “¿Hasta cuándo?” es una expresión repetida por parte de los seguidores del Cordero en toda la historia sagrada. Para ellos, tanto la *purificación* como el *juicio* significan liberación:

¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra? (Apoc 6:10).

Señor, ¿hasta cuándo verás esto? Rescata mi alma de sus destrucciones, mi vida de los leones (Sal 35:17).

¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Estarás airado para siempre? ¿Arderá como fuego tu celo? ¡Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre!, porque han consumido a Jacob y su morada han destruido (Sal 79:5-7).

Júzgame, Dios, y defiende mi causa; líbrame de gente impía y del hombre engañador e inicuo (Sal 43:1).

La ira de Jehová soportaré, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa y me haga justicia. Él me sacará a la luz y yo veré su justicia (Miq 7:9).

Vendrá nuestro Dios y no callará; fuego consumirá delante de él y tempestad poderosa lo rodeará. Convocará a los cielos de arriba y a la tierra, para juzgar a su pueblo. «Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio». ¡Los cielos declararán su justicia, porque Dios es el juez! (Sal 50:3-6).

No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad, porque en tus juicios espero (Sal 119:43).

Jehová, Dios de los ejércitos, ¿hasta cuándo mostrarás tu indignación contra la oración de tu pueblo? Les diste a comer pan de lágrimas y a beber lágrimas en abundancia. Nos pusiste por escarnio de nuestros vecinos y nuestros enemigos se burlan de nosotros. ¡Dios de los ejércitos, restáuranos! ¡Haz resplandecer tu rostro y seremos salvos! (Sal 80:4-7).

¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y haréis acepción de personas con los impíos? ... No saben, no entienden, andan en tinieblas ... ¡Levántate, Dios, juzga la tierra, porque tú heredarás todas las naciones! (Sal 82:2-8).

¡Engrandécete, Juez de la tierra; da el pago a los soberbios! ¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, Jehová, se gozarán los impíos? ¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras y se vanagloriarán todos los que hacen maldad? ... ¡Entended, necios del pueblo! ... No abandonará Jehová a su pueblo ni desamparará su heredad, sino que el *juicio* será vuelto a la justicia (Sal 94:2-15).

¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio continuo, la prevaricación asoladora y la entrega del santuario y el ejército para ser pisoteados? ... “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego *el santuario será purificado* (Dan 8:13-14).

BUENAS NUEVAS EN EL JUICIO

El ministerio de Cristo en el lugar santísimo significa buenas nuevas para quien camina con Cristo. **1/** Para quienes pasaron al descanso significa *juicio* de vindicación. Las almas de los degollados bajo el quinto sello claman por vindicación, lo mismo que clama desde la tierra la sangre de Abel (Gén 4:10). **2/** Para quienes vivimos mientras dura el tiempo de prueba, el ministerio de Cristo en el lugar santísimo significa *purificación* o borramiento del pecado, además de *juicio* vindicador.

Entonces vino el Anciano y emitió *juicio en favor de los santos* del Altísimo.

En ese momento los santos recibieron el reino (Dan 7:22; NVI).

El juicio que esperamos y deseamos ver concluido acallará para siempre la voz del acusador de Dios y nuestro. Estamos en las manos del mejor Abogado y del mejor Juez del universo, Uno que tomó nuestra carne caída, que nos amó con un amor más fuerte que la muerte, y que se dio a nosotros por la eternidad, Uno que ha escogido morar con nosotros por siempre (Apoc 21:3). Podemos abordar ese juicio en completa seguridad si nos hemos entregado a él como a nuestro Salvador, Señor y Restaurador; si seguimos al Cordero por dondequiera que va (Apoc 14:4), y ahora va precisamente por el lugar santísimo del santuario celestial.

Jehová es nuestro Juez, Jehová es nuestro Legislador, Jehová es nuestro Rey.

¡Él mismo nos salvará! (Isa 33:22).

La noción de *purificación / juicio* propia del lugar santísimo es el marco que explica y da significado a la misión que Dios nos ha encomendado como pueblo especial, e ilumina cada verdad que se nos ha confiado. Permite que avancemos según el sagrado calendario divino y nos hace vivir sobriamente “como viendo al Invisible” en cada momento del desarrollo del conflicto de los siglos. Traza nuestra ruta en el mapa del tiempo y la historia.

LECCIONES PRÁCTICAS

Saber que estamos en el Día de la expiación, que es un día de *aflicción* del alma (**Lev 16:31; 23:29 y 32**), de introspección, de autoexamen, nos libra de la autocomplacencia y de la *celebración* negligente y temeraria:

El Señor, Jehová de los ejércitos, llamó en este día a llanto y a lamentación, a raparse el cabello y a vestir ropas ásperas. Mas hubo gozo y alegría matando vacas y degollando ovejas, comiendo carne, bebiendo vino y diciendo: “¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!” (**Isa 22:12-13**).

El concepto del lugar santísimo nos da la pauta respecto al tipo de música apropiada: la que corresponde a la adoración y alabanza, no a la fiesta y entretenimiento; nos lleva a amar la música que tiene por centro al Creador / Redentor, y no a nosotros y nuestro placer temporal o nuestro orgullo.

Se vestirá con la túnica santa de lino, se pondrá los calzoncillos de lino, se ceñirá el cinto de lino y con la mitra de lino se cubrirá. Estas son las santas vestiduras; con ellas se ha de vestir después de lavar su cuerpo con agua (**Lev 16:4**).

Nos da también la pauta respecto al vestir —y a todo lo relativo al estilo de vida—. Se impone la sencillez, modestia y sobriedad; no la ostentación, provocación, despilfarro o esclavitud a la moda.

Toda persona que no *ayune* en este día será eliminada de su pueblo (**Lev 23:29**).

En el mes séptimo, a los diez del mes, *afligiréis* vuestras almas (**Lev 16:29**).

Lloré, *afligiendo con ayuno* mi alma (**Sal 69:10**).

“Día de expiación” (*yom kipur*) significaba *ayuno* para los israelitas. El pueblo de Dios ayunaba ocasionalmente por propia iniciativa ante situaciones angustiosas, pero el único ayuno que Dios había prescrito de forma regular era el del Día de la expiación. No se aprecia claramente en todas las traducciones de la Escritura hebrea, pero lo podemos comprender en este pasaje del Nuevo Testamento:

Como habíamos perdido mucho tiempo y era ya peligrosa la navegación por haber pasado ya el *ayuno* (**Hechos 27:9**).

Había pasado el ayuno: había pasado el día en que los judíos celebraban el *yom kipur* o Día de la expiación, que era entrado el otoño. En ese tiempo la navegación era ya peligrosa por la meteorología adversa, como saben perfectamente los aficionados a la navegación en pequeñas embarcaciones hasta el día de hoy, tanto como Pablo en su día.

¿Qué significa el ayuno en términos prácticos para nosotros hoy? ¡No podemos hacer un ayuno literal desde 1844 en adelante! —Significa *temperancia*: moderación, sencillez

y frugalidad en nuestra alimentación, así como en todas las demás áreas de la vida. Significa ayunar de excesos, de egoísmo, y no es precisamente el ayuno de “un día”.

Respecto a los cambios positivos introducidos por la reforma en España, leemos:

La temperancia habitual sustituyó a los ayunos supersticiosos (CS 269) {233}.

¿Acaso el ayuno que he escogido es sólo un día para que el hombre se mortifique? ¿Y sólo para que incline la cabeza como un junco, haga duelo y se cubra de ceniza? ¿A eso llamáis vosotros día de ayuno y el día aceptable al Señor? El ayuno que he escogido, ¿no es más bien romper las cadenas de injusticia y desatar las correas del yugo, poner en libertad a los oprimidos y romper toda atadura? (Isa 58:5-6, NVI).

La humildad es consustancial con el Día de la expiación. Eso nos guarda de la idolatría babilónica del amor a uno mismo, de la exaltación de la autoestima —cuyo autor es el propio Lucifer, rey de Babilonia (Isa 14:4 y 12-14). “Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc 14:7).

Saber que estamos en el Día de la expiación nos libra de creer que debiéramos estar celebrando a la vez otras fiestas: las trompetas, las cabañas, etc. En el calendario que Dios dio a su pueblo en el Antiguo Testamento jamás sucedía que estuvieran observando una fiesta y otra a la vez. Ahora nos encontramos en el cumplimiento de ese gran *tipo* que Dios nos dio en la lección del Antiguo Testamento. No continuamos en el *tipo* —por eso tampoco seguimos ofreciendo corderos en sacrificio—, sino que vivimos en el tiempo de esa festividad que el *tipo* representaba: el Día de la expiación.

La purificación del santuario y el juicio investigador dan significado a la luz que el Señor nos dio respecto a las leyes de salud como formando parte de la Ley de Dios. No las observamos en un espíritu de egoísmo “santificado”; no las observamos en la expectativa egocéntrica de vivir más años o de escapar a un infarto, a una embolia o al cáncer, sino porque sabemos que un cerebro sano, la pureza de mente, son imprescindibles para ponernos en armonía con la obra de nuestro Sumo Sacerdote en el lugar santísimo, y eso demanda las mejores condiciones de pureza en la vida física y mental con la cual servir al Señor y a nuestro prójimo.

El pueblo de Israel consumía ocasionalmente vino fermentado durante el año, a pesar de advertencias contrarias por parte de Dios; pero en el Día de la expiación, ni una sola gota. Hoy estamos viviendo en la víspera de la resolución del gran conflicto de los siglos, que está teniendo lugar mediante una purificación / juicio que está en curso y que está a punto de terminar. ¿Consumirías alcohol justo el día en que tienes que presentarte ante un tribunal de juicio? ¿Te sentirías seguro sabiendo que el piloto del avión que has tomado pasó el día anterior de comilona, bebiendo y consumiendo drogas? El asunto al que nos hemos de enfrentar es infinitamente más serio que un vuelo en avión.

EL CARÁCTER DE DIOS, VINDICADO EN EL JUICIO

Pero no somos sólo los creyentes los que somos objeto de juicio. El propio Juez y Abogado, el Legislador, queda sometido a juicio ante el universo desde el momento en que ha perdonado y declarado limpios a sus súbditos en esta tierra. Él es juzgado en sus seguidores ante el universo expectante, de acuerdo con el éxito de su plan de salvación del pecado. En relación con el tema de “la fidelidad de Dios”, Pablo escribió:

¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? Su incredulidad, ¿habrá hecho nula *la fidelidad de Dios*? ¡De ninguna manera! Antes bien, sea Dios veraz y todo hombre mentiroso; como está escrito: “Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando *seas juzgado*” (Rom 3:3-4).

Contra ti, contra ti solo he pecado; he hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas reconocido justo en tu palabra y tenido por puro *en tu juicio* (Sal 51:4).

El hombre será humillado, el varón será abatido, y humillados serán los ojos de los altivos. Pero *Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio*; el Dios Santo será santificado con justicia (Isa 5:15-16).

El nuestro es el momento culminante en la historia de este mundo y en la resolución del conflicto de los siglos. Podemos deshonar al Señor ante el universo expectante, o podemos honrarlo tal como hizo Job y tal como nos exhorta a que hagamos el mensaje del primer ángel:

El Señor desea contestar por medio de *su pueblo* las acusaciones de Satanás, mostrando a través del mismo el resultado de la obediencia a los principios correctos (6 TI 20).

La luz de su gloria —su carácter— ha de brillar en *sus seguidores*. Así ellos han de glorificar a Dios (PVGM 341).

Dios tendrá *un pueblo* sobre la tierra que *vindicará su honor* al respetar todos sus mandamientos (FO 42).

Hemos de hacer manifiestos los principios de su reino, no solamente a este mundo, sino al universo (6 T 13).

¿Cabe imaginar un pueblo al que se le haya concedido mayor honor y responsabilidad?

¡Temed a Dios y *dadle gloria*, porque ha llegado la hora de *su juicio*! (Apoc 14:7).

Es precisamente *debajo de nuestros pies*, donde Cristo va a aplastar la cabeza de la serpiente:

El Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás bajo vuestros pies (Rom 16:20).

JUSTICIA DE CRISTO, EL MOTOR PARA LA PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO

Lo explicado aquí es adventismo básico. Si sonara nuevo a alguien, ha de ser porque fuimos negligentes en mantener constantemente en perspectiva la misión que Dios nos encomendó. El mensaje del lugar santísimo significa borramiento —purificación— del pecado, y juicio de vindicación para Dios y su pueblo; significa victoria y significa traslación. Resume nuestra razón de ser como iglesia separada del mundo.

En las décadas que siguieron a nuestra organización como iglesia, nuestro pueblo se centró en defender la vigencia de la ley y la necesidad de obedecerla. Fue perdiendo de vista a Cristo, centro del santuario, del evangelio y de la ley, y hubo una deriva formalista y finalmente legalista. Pero lo que falló no fue la verdad del santuario. Dios nunca nos envió un mensaje para corregir una visión equivocada al respecto. Al contrario:

En el futuro se levantarán engaños de toda clase, y queremos una base sólida para nuestros pies. Queremos pilares sólidos para la construcción. *Ni una clavija* ha de quitarse de lo que el Señor ha establecido. El enemigo introducirá falsas teorías, tales como la doctrina de que no hay *santuario* (RH 25 mayo 1905; OP 53).

El problema no radicaba en la comprensión adventista del sistema representado por el santuario. El problema estaba en nuestra comprensión del *evangelio*: en cómo lograr esa purificación que el santuario señalaba:

Como pueblo hemos predicado la ley hasta acabar en la sequía de los montes de Gilboa, donde no hay rocío ni lluvia (RH 11 marzo 1890).

Hablad de Jesús; perdeos a vosotros mismos en Jesús. Hay demasiado bullicio y conmoción en vuestra religión, mientras que se olvidan el Calvario y la cruz (5 TI 124).

Entonces,

En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime *Salvador*, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la *justificación por la fe en el Garante*; invitaba a la gente a *recibir la justicia de Cristo*, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder es colocado en sus manos, y él puede dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. *Este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo*. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante *derramamiento de su Espíritu* (TM 91).

En marcado contraste con el tipo de “evangelio” que predicán las iglesias evangélicas, ese mensaje de justificación por la fe que el Señor nos envió en su misericordia mediante los pastores Jones y Waggoner, *es paralelo y consistente con la verdad adventista del lugar santísimo del santuario*. No es sólo que sea consistente con el ministerio del lugar santísimo, sino que es el único camino que “en verdad” lleva a él, un Camino nuevo y vivo que Cristo ha consagrado para nosotros a través del velo, esto es, su *carne*. La expresión “justicia de Cristo” hace alusión a su santidad manifestada en nuestra “carne”, que es carne de pecado: ese es el Camino:

Por el *camino* nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su *carne*. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, *purificados* los corazones de mala conciencia y *lavados* los cuerpos con agua pura (**Heb 10:20-22**).

Ellen White se alegró sobremanera cuando escuchó el mensaje de Jones y Waggoner, ya que comprendió que habría de transformar los imperativos adventistas en gozosas habilitaciones del evangelio. De ser aceptado, pondría fin a la tibieza laodicense y nos llevaría a terminar la comisión evangélica. En las noches, tras asistir a las reuniones de reavivamiento mantenidas posteriormente a Minneapolis junto a Jones y Waggoner, Ellen White sentía un gozo que le impedía dormir, y se dedicaba a escribir acerca de lo que había escuchado (*EGW 1888*, 217.1-2). No había conocido una alegría comparable desde 1844.

La *justificación por la fe* es

el mensaje del tercer ángel en verdad (1 MS 437).

el mensaje del tercer ángel ... muestra el camino que *lleva al santísimo* (PE 260).

Por lo tanto, *la justificación por la fe en Cristo muestra el camino que lleva al santísimo*. Es lógico, ya que es precisamente en el lugar santísimo donde Cristo está justo ahora.

NUESTRA “OBRA”: CREER

Mediante ese mensaje que Ellen White calificó de “preciosísimo”, el Sacrificio por los pecados y Sumo Sacerdote en el santuario nos va a hacer *obedientes* a todos los mandamientos de Dios *por la fe de Jesús*. Se requiere nuestra entrega y nuestra cooperación, pero *la obra no es nuestra*. Tal como sucedía con los sábados semanales —los sábados de Jehová, el séptimo día de la semana (**Lev 23:3** y **38**)— en el Día de la expiación, a los israelitas se les requería reposar de sus obras, para confiar en la perfecta obra de Cristo representada por el sacerdote:

En este día *se os reconciliará* para limpiaros; y *seréis limpios* de todos vuestros pecados delante de Jehová. *Sábado de reposo* es para vosotros, y afligiréis vuestras almas por estatuto perpetuo (**Lev 16:30-31**).

Ninguna obra haréis en este mismo día, porque es día de expiaciones para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios (Lev 23:28).

Sábado de reposo será a vosotros y afligiréis vuestras almas, comenzando a los nueve del mes en la tarde: de tarde a tarde holgaréis vuestro sábado (Lev 23:32).

Levítico 4 habla del perdón. Presenta cuatro casos distintos de pecado: un sacerdote ungido, toda la congregación, un príncipe, o una persona del común, con sus prescripciones respectivas que siempre incluían el derramamiento de sangre. El resultado era: *“obtendrá perdón” (Lev 4:20, 26 y 31)*. El pecador se preocupaba *individualmente* por su relación con el sacrificio que debía ofrecer.

Había obtenido el perdón, pero en su vida subsiguiente tenía que demostrar *cómo había gestionado ese perdón*, tal como ilustra la parábola de **Mateo 18:21-35**. Eso requería una evaluación, que correspondía al Día de la expiación al fin del ciclo anual.

En contraste con la obra individual del perdón, la obra del Día de la expiación en el lugar santísimo tenía un carácter *colectivo*. El sumo sacerdote hacía *“la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel” (Lev 16:17)*. *“Hará la expiación por sí y por el pueblo” (Lev 16:24)*. *“Hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación” (Lev 16:33)*. El pecador individual ya había sido perdonado. En aquella *“santa convocación” (Lev 23:27)* del Día de la expiación, el pecador *individual* no era el sujeto principal de la acción. Era toda la *congregación*, todo el *pueblo*, el que iba a ser purificado, limpiado, y el protagonista era el sumo sacerdote en representación de Cristo en su obra actual en el lugar santísimo del santuario celestial.

*Volveos a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Rasgaos el corazón y no las vestiduras. Volveos al Señor nuestro Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor ... tocad trompeta en Sión, proclamad el ayuno, convocad una *asamblea* solemne. *Congregad al pueblo, purificad la asamblea; juntad a los ancianos del pueblo, reunid a los pequeños ... Lloren, sacerdotes, ministros del Señor, entre el pórtico y el altar; y digan: “Compadécete, Señor, de tu pueblo” (Joel 2:13-17)*.*

El nuestro es un tiempo de *santa convocación*; no es el momento de apartarse de la congregación *“como algunos tienen por costumbre”*, sino de estar reunidos *“exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Heb 10:25)*. Cristo, nuestra Pascua y nuestro Sumo sacerdote, ha de ser nuestro motivo de adoración, alabanza y devoción. Él no puede ser nuestra Cabeza si es que no estamos integrados en su *“cuerpo”*, que es la iglesia. Es formando parte del cuerpo de Cristo como su Espíritu Santo profundiza en nosotros, haciéndonos ver aquello que queda todavía por purificar en nuestras vidas.

El Espíritu y *la Esposa* dicen: ‘¡Ven!’ El que oye, diga: ‘¡Ven!’ Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida (**Apoc 22:17**).

Eso es puro evangelio, es pura gracia.

ALCANCE DE LA OBRA DE PURIFICACIÓN

Aunque es nuestro privilegio poseer “una confianza santificada para comparecer ante la presencia del Infinito” (5 TI 105); si bien “es nuestro privilegio ir a Jesús para que nos limpie, y subsistir delante de la ley sin confusión ni remordimiento” (CC 51), no debemos concluir que ya estamos libres de pecado. Sea Dios quien diga tal cosa. Dios había dicho de Job que era varón recto, perfecto y temeroso de Dios, pero esto es lo que el propio Job decía de sí mismo:

Si yo me justificare, me condenará mi boca; si me dijere perfecto, esto me hará inicuo. Bien que yo fuese íntegro, *no conozco* mi alma. Reprocharé mi vida (**Job 9:20-21**).

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo *conocerá*? (**Jer 17:9**).

El salmista oró así:

¿Quién puede *discernir* sus propios errores? Líbrame de los que me son *ocultos* (**Sal 19:12**).

La historia sagrada contiene episodios llamativos de pecados ocultos, que debieran llenarnos de humildad. No se trata de pecados *ocultados* —conscientemente—, sino de pecados que están *ocultos* a nuestro conocimiento, al conocimiento del pecador. Uno de esos episodios tiene por protagonista a Ezequías. Cuando Dios le indicó que se preparara para su muerte, el rey oró así:

Te ruego, Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado fielmente delante de ti y con corazón íntegro, que he hecho las cosas que te agradan. Y Ezequías lloró amargamente (**2 Reyes 20:3**).

Nada nos autoriza a dudar de la sinceridad de Ezequías, como tampoco respecto a la sinceridad de Pedro cuando declaró que daría su vida por Cristo aun si todos los demás lo abandonaran. No era un problema de falta de sinceridad, sino de falta de *conocimiento* de lo que encierra el propio corazón.

Dios atendió el ruego de Ezequías concediéndole quince años más de vida. Ante los ojos del pueblo y del propio rey, era un alma íntegra. De haber muerto entonces, nadie lo habría dudado. Pero en los versículos 12 al 18 vemos que en su corazón aún había algo que no estaba bien, y que *él desconocía*. Tras su muerte se escribió de él:

Fue prosperado Ezequías en todo lo que hizo. Pero en lo referente a los mensajeros de los príncipes de Babilonia, que enviaron a él para saber del prodigio que había acontecido en el país, Dios lo dejó, para *probarle y conocer todo lo que estaba en su corazón* (2 Crón 32:30-31).

Ese episodio, aunque doloroso, significó misericordia por parte de Dios, quien dio a Ezequías la oportunidad de conocer su pecado, confesarlo y abandonarlo.

Otro caso —el caso de los casos— de pecado no conocido, lo vemos en el Calvario:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc 23:34).

Hay aún otro caso que nos conviene muy especialmente considerar: el nuestro.

Así se expresa el Testigo fiel respecto a nosotros, el pueblo del *juicio* o bien el *juicio* del pueblo —ese es el significado de “Laodicea”—:

Tú dices: Yo soy rico y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces... (Apoc 3:17).

No es el plan de Dios que permanezcamos en ese estado de “no conoces”, y es por eso que a continuación enumera sus maravillosos remedios, que terminan en la necesidad de ser celosos en el arrepentimiento: ese mismo arrepentimiento que hemos de predicar al mundo.

El mensaje que nos han dado A.T. Jones y E.J. Waggoner es el mensaje de Dios a la iglesia de Laodicea, y ay de aquel que profese creer la verdad y no obstante no refleje a otros los rayos de esa luz dada por Dios (EGW 1888, 1052).

Así se expresó A.T. Jones respecto a la obra del Espíritu Santo en la *purificación* de nuestros corazones, que ha de propiciar el *sellamiento* del tiempo del fin:

Si el Señor ha traído a nuestro conocimiento pecados en los que nunca antes pensamos, eso no hace más que mostrar que está avanzando en profundidad y llegará por fin al fondo. Cuando encuentre lo último que sea sucio o impuro, que no esté en armonía con su voluntad y lo traiga al conocimiento mostrándonoslo, si decimos: “Prefiero tener al Señor que a eso”, entonces la obra será completa y se podrá fijar sobre el carácter el sello del Dios vivo [congregación: “Amén”]...

¿Qué elegiréis?, ¿tener la perfecta plenitud de Jesucristo?, ¿o conformaros con menos que eso, permaneciendo encubiertos algunos de vuestros pecados de forma que nunca sepáis de ellos? [congregación: “La plenitud de Cristo”]. Pero recordad: los Testimonios nos han dicho que si quedan vestigios de pecado, no podemos recibir el sello de Dios. ¿Cómo podría suceder que el sello de Dios, que es la impronta de su perfecto carácter revelado en nosotros, nos fuera puesto siendo que todavía retenemos pecados? El Señor no puede poner su sello —la impronta de su carácter

perfecto— hasta tanto no vea tal cosa en nosotros. Por lo tanto, ha tenido que cavar profundo hasta los lugares remotos en los que no habíamos soñado, debido a que no podemos comprender nuestros corazones. Pero el Señor sí conoce el corazón. Él pone a prueba la conciencia. Limpiará el corazón y traerá al conocimiento hasta el último vestigio de maldad. Permitidle que lo lleve a cabo, hermanos; permitidle que avance en su obra de escrutinio. Y cuando el Señor ponga en nuestro conocimiento nuestros pecados, que el corazón diga: “Señor, tú te diste por mis pecados; te tomo a ti en lugar de mis pecados”. Los pecados son quitados y me gozo en el Señor...

¿Cómo pueden aflorar esos pecados a los que hace tiempo se renunció? Esa es la causa por la que se los trae: para que podamos hacer la elección. Es la bendita obra de la santificación. Y podemos saber que esa obra está avanzando en nosotros. Si el Señor nos quitara los pecados sin nuestro conocimiento, ¿qué bien nos haría? Eso sería convertirnos en autómatas. No es ese su propósito; por lo tanto, quiere que vosotros y yo sepamos cuándo son expulsados nuestros pecados a fin de que sepamos cuándo viene su justicia. Tenemos al Señor en el momento en que nos entregamos a él...

Cuando la persona alcanza ese punto, Dios puede poner su sello sobre ella. Pero si el Señor dice: “Tus pecados te son perdonados”; si dice que los ha echado tras sus espaldas y la persona no lo cree, ¿podrá Dios poner su sello sobre ella? —No podrá.

[alguien pidió que se leyera **Isaías 43:25**, cosa que hizo el pastor Jones]:

Yo, yo soy quien borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.

Podríamos leer muchos más textos como ese. Uno de ellos lo encontramos en **Hebreos 8:12**: “Nunca más me acordaré de sus pecados”.

Ezequiel 33:16: “No se le recordará ninguno de los pecados que había cometido”.

Dice el Señor que no va a recordar nuestros pecados. Nunca los mencionará. Mencionarlos es la obra de Satanás.

Hermanos, creamos al Señor. Creyendo así, el Señor os otorgará a vosotros y a mí la circuncisión del corazón, el sello de la justicia por la fe que tenemos; él encuentra entonces aquello sobre lo que puede poner su sello. Cuando el individuo llega a ese punto, recibe el sello de la justicia. Y cuando nosotros, como un cuerpo, como una iglesia, creemos eso, podemos pedir con perfecta confianza el derramamiento de su Espíritu Santo y esperar paciente y confiadamente sabiendo que llegará en el momento en que el Señor juzgue oportuno (A.T. Jones, [GCDB 1893, nº 17](#)).

CONCLUSIÓN

Es evidente que la *justificación por la fe* —que incluye la santificación—, el mensaje del tercer ángel en verdad, es lo único que puede llevar a la *purificación del santuario*. Se puede decir que la purificación del santuario es el **QUÉ**, mientras que la justificación por la fe es el **CÓMO**. La venida del Señor no tardará más de lo que se demore la purificación del santuario: el borramiento del pecado en nuestro corazón, y en correspondencia, del registro de ese pecado en los libros del cielo (**Heb 9:23**).

Dios no está esperando a que haya más guerras, terremotos y epidemias, o a que se fragüe la unión entre el poder religioso y civil en Estados Unidos y se imponga la ley dominical. Ahí están dirigidos los ojos de muchos en el pueblo remanente, pero el Cielo los tiene dirigidos a otro lugar, y nos concierne especialmente (ver **Apoc 7:3**):

“Cuando el fruto fuere producido, luego se mete la hoz, porque la siega es llegada”. Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, **ENTONCES** vendrá él para reclamarlos como suyos. Todo cristiano tiene la oportunidad no sólo de esperar, sino de apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo (*PVGM 47*).

Vi cuatro ángeles que habían de hacer una labor en la tierra y andaban en vías de realizarla. Jesús vestía ropas sacerdotales. Miró compasivamente al pueblo remanente, y alzando las manos exclamó con voz de profunda compasión: “¡Mi sangre, Padre, mi sangre, mi sangre, mi sangre!” Entonces vi que de Dios, sentado en el gran trono blanco, salía una luz en extremo refulgente que derramaba sus rayos en derredor de Jesús. Después vi un ángel comisionado por Jesús para ir rápidamente a los cuatro ángeles que tenían determinada labor que cumplir en la tierra, y agitando de arriba abajo algo que llevaba en la mano, clamó en alta voz: “¡Retened! ¡Retened! ¡Retened! ¡Retened! *hasta que* los siervos de Dios estén sellados en la frente” (*PE 37.3*).

Ese es exactamente el momento profético en el que nos encontramos: los cuatro ángeles reteniendo los cuatro vientos de la contienda y la calamidad. Retienen los cuatro vientos porque los seguidores de Jesús aún no estamos preparados.

Dios está esperando que su pueblo experimente de forma plena la vivencia del lugar santísimo y sea celoso en su arrepentimiento. Espera que estemos en la condición de poder recibir su sello. Eso, y no los acontecimientos en el mundo, es lo que falta para que el Señor pueda regresar como Rey triunfal a recoger los trofeos de su victoria (**Apoc 14:1-12**) y venza en el conflicto de los siglos cuando de él se juzgare.

La cruz de Cristo no fue el final del plan de la redención. No es el *fin*, sino el *medio* para conseguir el fin: **LA PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO CELESTIAL**, que te incluye a ti, a mí y a cada miembro de su pueblo.

Podemos confiar en la promesa, y en Aquel que promete. Nos podemos poner confiadamente en sus manos. En virtud del plan de la redención, que incluye la *restauración* y no sólo el *perdón*; en virtud de la encarnación, de la vida perfecta, del sacrificio perfecto y del perfecto ministerio de Cristo como Sumo Sacerdote, permanece la promesa: “**El santuario SERÁ purificado**” (**Dan 8:14**).

Eso va a ser muy pronto una realidad cuando nosotros, su pueblo, miremos a él, a quien traspasamos, y haya gran llanto sobre él en Jerusalén, como el de la casa que llora la muerte del hijo único. Sucederá al comprender que esas heridas que tiene en sus manos, las recibió en casa de sus amigos: en *nuestra casa* (**Zac 12:10-11; 13:1 y 6**).

En aquel tiempo habrá manantial abierto en la casa de David [los dirigentes] y para los moradores de Jerusalén [el resto del pueblo de Dios], para el pecado y la inmundicia [santuario purificado] ... y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y de oración [la lluvia tardía] (**Zac 13:1 y 12:10**).

www.libros1888.com

